FRAGMENTOS DOCTOR FARABEUF

Fragmento 2

—“Es usted una persona en extremo meticulosa, doctor Farabeuf. Esa meticulosidad ha contribuido, sin duda, a hacer de usted el más hábil cirujano del mundo. ¿Está usted seguro de no haber olvidado nada? Cualquier indicio de su presencia en esta casa puede tener consecuencias terribles e irremediables. Debe usted cerciorarse, con la meticulosidad que le caracteriza, de que no falte uno solo de los instrumentos. Repase usted en su mente la lista del instrumental. Para ello puede usted emplear diversos métodos. Puede usted, por ejemplo, repasar cada uno de los instrumentos en orden descendente de tamaños: desde el enorme fórceps de Chassaignac o el speculum vaginal Nº 16 de Collin, hasta los pequeños catéteres y sondas oftálmicas o las tenacillas para la hemóstasis capilar o las afiladísimas agujillas hipodérmicas o de sutura. Puede usted cerciorarse, también, aplicando este método inversamente, es decir, por orden ascendente de tamaños. Es preciso, sobre todo, que no deje usted nada olvidado aquí. ¿Ha revisado ya la mesilla de hierro con cubierta de mármol que se encuentra adosada al muro debajo del cuadro alegórico? Remueva usted los algodones sanguinolentos y las gasas manchadas de pus; una aguja

imprescindible, una pequeña sonda nasal de gran utilidad puede estar oculta entre ellos. Repase usted, uno a uno, sus instrumentos de trabajo; los que usted mismo ha inventado y diseñado y que le han dado justo renombre en todo el mundo, así como aquellos que se deben al ingenio de sus colegas más notables. No se distraiga usted, doctor, al hacer este inventario mental. No preste ninguna atención a esa bella mujer desnuda representada en el cuadro que tiene ante los ojos. Tenga cuidado, sin embargo, de no bajar la vista al suelo; los periódicos viejos que allí han sido extendidos podrían distraerlo igualmente. Usted quizá ya sabe por qué. Va usted a salir de aquí dentro de algunos minutos y tal vez no vuelva nunca más a esta casa. Hoy ha tenido que desviarse considerablemente de su ruta habitual al salir de la Escuela de Medicina para venir hasta aquí. Ha vacilado usted antes de atreverse a entrar en esta casa en la que vivió tantos años. Al llegar la primera vez ante la puerta no entró y volvió sobre sus pasos para dirigirse nuevamente al Carrefour a esperar el autobús que lo llevaría a su casa en el otro extremo de la ciudad. Pero volvió usted al poco tiempo y helo aquí a punto de marcharse ya, tal vez para siempre. Es por ello que debe usted asegurarse de que no deja nada olvidado. Piense detenidamente… las diferentes cuchillas para amputación cuyo filo extremo es uno de sus orgullos… los escalpelos con sus diferentes formas de mangos que tan perfectamente se adaptan a la mano que los empuña… los aguzados bisturíes cuyo solo peso basta para producir delicadísimos tajos… la sierra de dorso móvil que tan buenos resultados le ha dado aplicada sobre el fémur… o su propia sierra universal de seguetas intercambiables, útil, sobre todo, cuando se trata de hacer saltar los brazos conservando la articulación de la cabeza del húmero en la cavidad glenoide del omóplato… la cizalla, también de su invención, de incalculable valor para allanar los bordecillos que deja la sierra después de la sección de un hueso o en los astillamientos traumáticos tan molestos siempre al desarrollo de una intervención nítida, perfecta… los diferentes *clamps* y ligaduras, algunos de ellos de bronce bruñido con tornillos de presión a los lados, otros de hule rojizo y otros, en fin, de hule ambarino… las cánulas… las tortuosas sondas que permiten penetrar a través de las fosas nasales hasta las cavidades craneanas del occipucio o que permiten, por la boca, explorar los meandros del oído interno… No olvide usted, especialmente, sus complicados gatillos, entre todos los instrumentos de su invención, los que más le honran ya que aúnan la rapidez instantánea, sí, ins-tan-tá-nea, a la precisión y a la limpieza del tajo en el descabezamiento de los huesos alargados… y la sierra de cadenilla de Gigli, otro complicado producto de la inventiva médica mediante la que se ha solucionado para siempre el molesto problema del serrín óseo que tantas grandes reputaciones había comprometido… ¿Está usted seguro de que no falta nada? ¿Lleva usted todos, pero absolutamente todos los instrumentos debidamente envueltos en los pequeños lienzos de lino, cuidadosamente guardados dentro del viejo maletín de cuero negro?…”

Fragmento 65

Es preciso no dejar nada al azar. ¿Está usted seguro, doctor, de que ha recogido todo, absolutamente todo —inclusive el troza- pubis, pulido y reluciente que compró en Frankfort… y los gati**l**os de su invención que mandó fabricar en Edinburgo, con John McClough, Ltd., y que le han dado una fama universal?

¿Está usted seguro de haberlo guardado todo en ese maletín gastado de cuero negro que tanto le pesa al cruzar con su paso artrítico la rue de l’École de Médecine? ¿Está usted seguro de haber envuelto cada uno de esos curiosos instrumentos en los pequeños lienzos de lino hábilmente preparados por “Mme. Farabeuf” (née Dessaignes, de Honfleur) con los restos de las sábanas sobre las que usted, maestro, y e **l**a consumaban el acto **l**amado carnal o *coito* cuando apenas era un interno en el Hôtel Dieu —antes todavía de ser auxiliar de la clase de Anatomía Descriptiva bajo el gran Larrey, antes de que tomara el gusto de aplicar sus propios métodos a toda aque **l**a carroña tendida bajo la bóveda decorada con el lujo austero de aque **l**as mujeres quietas, infinitamente quietas, tan quietas como cadáveres vistos en un espejo, que Puvis de Chavannes había pintado a **l**í? …

¿todos los instrumentos los guardó usted en ese maletín negro?,

¿el basiotribo de Tarnier que sirve para extraer el feto, tajado en pedazos, del interior del **l**amado “claustro materno”? ¿Está usted seguro, doctor Farabeuf?, ¿todos sus complicados instrumentos…?

Fragmento 86

Doctor Farabeuf, tenemos entendido que es usted un gran aficionado a la fotografía instantánea…

Fragmento 108

Permítanos ayudarle, querido maestro. Es necesario que recobre usted la imagen de su juventud. Es así como podremos apresar los datos más certeros. No olvide usted que en “sus tiempos” la **l**uvia empañaba los cristales igual que en nuestros días. La vida, ese proceso que se suspende y que a la vez se sintetiza en la apariencia de esa carroña que usted, querido maestro, está acostumbrado a manipular y a tasajear yerta, verdosa, inmóvil y exangüe, sobre todo cuando se trata de los cadáveres de hombres y mujeres que han sido muertos violentamente, *caro data vermibus* en fin, ¿es acaso diferente ahora de lo que era entonces? Usted está en contacto con esa esencia inmutable hasta cierto punto que es el cuerpo —maloliente o perfumado, terso o escrofuloso—, pero siempre el mismo en realidad; los órganos, para los efectos del interés que en usted provocan, son iguales ahora que entonces y la **l**uvia que empaña los cristales o que empapa los hombros de su abrigo es ¿o no? la misma **l**uvia que caía en Pekín aquel día en que usted, acompañado de su amante (sí, doctor Farabeuf, *de su amante*), con grandes trabajos, tratando de que su aparato fotográfico no se mojara, profiriendo las mismas imprecaciones e interjecciones que profieren en nuestros días, aun en los lugares públicos, los obreros y la gente de la clase inferior adicta a los partidos radicales, se abrió paso a codazos y empe**l**ones entre una muchedumbre estupefacta hasta conseguir profanar y perpetuar esa imagen única en la historia de la iconografía erótico- terrorística; usted que se deleita disminuyendo, mediante sus afiladas cuchi**l**as, la extensión del cuerpo humano, usted querido maestro, que en una noche de delirio concertó un convenio singular con una puta vieja a quien los estudiantes de medicina llamaban *Mademoiselle Bistouri* o bien “La Enfermera” por su marcada proclividad, como el personaje de Baudelaire, a acostarse indiscriminadamente con preparadores de anfiteatro y manipuladores de cadáveres.

Fragmento 138

Doctor Farabeuf, tenemos entendido que el 29 de enero de 1901 se encontraba usted en Pekín. ¿Podría hacernos algunas precisiones acerca de este hecho?...

Fragmento 178

—Hay un hecho en su descripción, doctor Farabeuf, que usted pretende ignorar o que tal vez ha olvidado ya: que al pasar frente al hombre la mano de la mujer rozó la mano del hombre y éste la retuvo en la suya durante una fracción de segundo. *Este hecho curioso no es demostrable,* es preciso admitir, si bien el enorme espejo pudo haberlo reflejado con toda claridad…

Fragmento 196

Una duda te turba. Has caído en la trampa que te tendió el taumaturgo. Se ha formado en tu mente la imagen de ese suplicio. Ese rostro extático se ha dibujado en tu memoria. Como un relámpago se concretó ante tus ojos esa agonía milenaria que sin haberla conocido hubieras querido olvidar. Estaba ante ti, con toda su ineluctable presencia, mutilado y exangüe, fijo en aquel crepúsculo **l**uvioso como una avispa traspasada por un alfiler y cuando apareció se produjo en tu memoria, con el olvido, una confusión lamentable. Te olvidaste de ti misma. Tanto que sólo hubieras deseado recordarte para recobrar tu presencia. Pero ese olvido era más tenaz que la memoria que trataba de recuperarte y una vez que habías caído en esa trampa que Farabeuf te había tendido, tu confusión era absoluta. ¿Quién eras tú ante aque**l**a imagen agónica? ¿Cómo era posible que tu cuerpo pudiera confundirse con aque**l**os jirones de carne sangrienta? Te has extraviado en su mirada como en un camino inseguro y no sabes quién eres, acaso un cuerpo supliciado, unos ojos que aprenden lentamente el significado absoluto de la agonía, o acaso eres la visión que contemplan esos ojos a punto de cerrarse para siempre.

Pues bien, al fondo se había improvisado un pequeño escenario. El estrado, que se elevaba apenas unos cuantos centímetros del nivel del piso del salón, estaba colocado frente a un enorme espejo que pendía en el muro del fondo y el decorado estaba también constituido por otro espejo que reflejaba al infinito su propia imagen reflejada en el espejo del fondo del salón. Nosotros estábamos, entonces, colocados entre las superficies de los dos espejos. Estoy seguro de que esto no se te ha olvidado, pues la extraña sensación que tal espectáculo interminable producía en los espectadores era, sin duda, algo memorable. De pronto se extinguieron las luces, pero no totalmente, como sucede en el teatro minutos antes de que dé comienzo la función. Una que otra luceci**l**a, apenas perceptible, pero reproducida al infinito por las dos superficies de los espejos que constituían, uno el fori**l**o de aquel escenario y el otro el fondo del salón, creaba una penumbra chispeante dentro de la que era posible discernir las siluetas de todos los objetos aunque no hubiera sido posible precisar la identidad de los espectadores. ¿Quién eras tú aque**l**a noche? Un hombre grueso, de edad, que iba ataviado con una bata china negra, raída, subió al escenario y después de dirigirnos una mirada procedió a dar comienzo al espectáculo. Antes que nada hizo sonar un gong. Ese sonido vibrante y metálico **l**amó nuestra atención hacia su ayudante, una mujer rubia vestida de enfermera, que en el momento en que el hombre hizo sonar el gong encendió una linterna mágica a nuestras espaldas. La apariencia de esta mujer era singular, especialmente por el hecho de que iba tocada con una cofia blanca de la que pendía un vuelo de lana gris. La linterna mágica al encenderse tan súbitamente produjo un deste**l**o cegador en la superficie infinita del espejo. Nuestros ojos tardaron unos instantes en asimilar la luz bri**l**antísima. Después se fue formando lentamente en e**l**os la realidad de una imagen aterradora; de seguro que tú no lo habrás olvidado, pues hubo algo en la fracción de segundo que duró aquel deste**l**o que te alejó de mí. Y cuando entendí el verdadero significado de aque**l**a imagen, te encontrabas sentada en el ángulo opuesto del salón. De e**l**o no pude darme cuenta sino cuando la fascinación de aque**l**a carne maldita e inmensamente be**l**a se había desvanecido y que las luces se habían vuelto a encender. Aquel espectáculo había sido acompañado por un diálogo explicativo en que la Enfermera, que manipulaba el aparato de proyección, iba haciendo preguntas al *meneur* que con un largo puntero hacía precisiones señalando los deta**l**es de la imagen proyectada ante nosotros. Sólo recuerdo la primera pregunta: *“Doctor Farabeuf, tenemos entendido que es usted un gran aficionado a la fotografía instantánea…”* ¿Acaso recuerdas tú las otras preguntas? En el curso de aquel espectáculo que los programas —impresos en el gusto tipográfico de Épinal— señalaban como *Teatro Instantáneo del Maestro Farabeuf,* surgía en la panta**l**a intempestivamente la figura de una mujer desnuda que parecía ofrendar hacia la altura una pequeña ánfora dorada. La Enfermera entonces **l**amaba la atención del hombre de la bata china diciéndole: “No debe usted distraerse con la imagen de esa mujer desnuda, doctor”, y la imagen cambiaba rápidamente y volvíamos a ver, como si fuera desde otro punto de vista, la imagen de aque**l**a escena escalofriante cuyos deta**l**es se veían acentuados por una explicación técnica en la que se invocaban los procedimientos quirúrgicos aplicados al arte de la tortura. El *meneur* iba señalando con el puntero los deta**l**es, en la imagen, a los que aludía su exposición. Terminada ésta, el hombre hacía una señal a la Enfermera. Las luces se encendían. El hombre se dirigía al público diciendo humildemente: “Muchas gracias, señoras y señores, se hace lo mejor que se puede”, y los espectadores aplaudían. Antes de que tuvieran tiempo de levantarse de sus asientos, la Enfermera cruzaba el salón y ofrecía en venta unos fo**l**etos impresos modestamente. En la cubierta podía leerse el siguiente título: *Aspects Médicaux de la Torture, par le Dr. H. L. Farabeuf, Chevalier de la Légion d’Honneur, etc…*

Fragmento 198

Tengo otros recuerdos de aque**l**a velada: la Enfermera, además de los pequeños fo**l**etos del Doctor Farabeuf, ofrecía también otro libro de mayor tamaño y precio diciendo: “…o este entretenido libro de imágenes para los niños”. Era un libro con pastas de cartón. La Enfermera lo mostraba abierto en las páginas centrales. No he podido olvidar una de aque**l**as imágenes. Representaba a un niño a quien le habían sido cortados los pulgares. Las manos le sangraban y a sus pies se formaban dos pequeños charcos de sangre. Afuera de aque**l**a casa en la que estaba el niño mutilado estaba **l**oviendo. Esto es una intuición inexplicable porque no había ningún indicio dentro del grabado que hiciera suponerlo con certeza. Sólo, quizá, el hecho de que en un grabado contiguo aparecía una mujer con un paraguas.

Fragmento 210

Conocemos su hipótesis, doctor Farabeuf; una hipótesis que podríamos **l**amar, *stricto sensu,* escatológica. Afirma usted, maestro, que el rostro, que ese rostro que usted fotografió, es el

rostro de un hombre en el instante mismo de su muerte. Afirma usted, por otra parte, en su interesantísimo trabajo acerca de la fisiología del supliciado que, por lo general en estos casos, debido a la concatenación del terror psíquico con el paroxismo de las sensaciones se produce una súbita secreción de adrenalina, la que actúa sobre ciertas células nerviosas… determina por el cambio repentino de polaridades una levísima vibración de la capa superficial del tejido conjuntivo… “una descarga…” —así la **l**ama usted—, ¿o no?… Por lo que se refiere al desangramiento su descripción no carece de lirismo… “e**l**o se traduce en una manifestación característica de la fisiología de los órganos masculinos… asimismo de la mujer… en el mismo caso”, dice usted. ¿A dónde nos **l**eva todo esto?